



¡Que los hijos ya vienen, que te lo digo yo!

Ricardo Cabrera
Agosto 15, de 2020

—Mujer, que esta calentito, que lo hice yo, tienes que comerlo, hazlo por mí,



por favor, que los hijos ya vendrán, que te lo digo yo, que ahora no pueden, que los aviones, que los niños y la escuela, que el perro se ha puesto malo; que se yo. Pero te aseguro que vendrán ¡que me lo han dicho! Que por las navidades es seguro ¿qué no quieres ver a los críos? que el *Jose* ya está crecido, mira tú si no —el anciano extrajo una foto que tan vista se veía borrosa, dejó la cucharilla de lado, y el caldo espeso con

unas papas nadando, descolorido, tanto como la fotografía vieja que sostenía en sus manos.

la acercó a los ojos de la mujer, tan vieja, o más que él, sus ojos, hundidos en sus cuencas, entre bolsas de arrugas y una piel que el tiempo había privado de su brillo. Apenas si parpadeo, su boca desdentada, continuaba entreabierta.

El frío calaba, el viejo, le retiró la foto, la guardo nuevamente, para enseñarla mañana, para renovar las mismas promesas: que los hijos ya vienen.

Con amor desmedido, con la dificultad de más años de los que deseara, envolvió el cuerpo, en la colcha vieja.

Ante la inutilidad de intentar alimentarla, se sentó a su lado, con su cuerpo intentaba transmitir más calor a la anciana que miraba al vacío, sin percatarse del tiempo, sin sentir el olor fuerte del encierro, sin percibir la claridad del día.



El hombre, lloró quedito, la abrazó y su corazón se convirtió en dos. Durmió junto a ella, hasta que un dolor punzante en la tripa le hizo sentir la cruda vulgaridad del hambre. Acercó su mano al plato a su alcance, aquel que su mujer rechazara más temprano, estaba helado, las papas semejaban islas deshabitadas en un mar blanco, sin posibilidad alguna de ser colonizadas. Tomó un sorbo, y luego otro, lo terminó como si se tratara de una medicina. Intentó levantarse para calentarlo, pero esas piernas viejas y cercanas a la caducidad de uso, se negaron a moverse, ocurría de vez en vez, cuando arreciaba el frío o la voluntad escaseaba. Dolían los huesos en la espalda, se movió con dificultad. Le divirtió el rudo rechinado del sillón —o a lo peor— de su propio cuerpo.

Se echó hacia tras, su cuerpo casi se fundió con el respaldo del sofá, suspiró hondamente, y, haciendo acopio de sus fuerzas, tomó impulso y de una, se levantó. Se quedó de pie unos instantes, parado en una precaria vertical, adivinándose dos piernas secas como ramas, bajo el delgado pantalón de lana.

—Uff, que cada día, me quedo más tiempo pegado al suelo, he chula; voy por tu medicina y una tisana que seguro te sentara de maravilla y calentara tus huesos como si fuera un abrazo ¿Qué dices? ¿eh? —su buen humor, renacía al verla junto a él, no había necesidad de palabras, el interpretaba los deseos de su mujer como si fuera un médium.

Ella había dejado de moverse hacía más de un año, estuvo inconsciente un buen tiempo, hasta que en el hospital le dijeron que era mejor que regresara a casa, que la cuidara, que no había más por hacer, o mejor aún ¿Por qué no se internaban en un asilo donde los cuidaran?

—¡Qué no, que a la mujer la cuido yo! que sí, que se da cuenta, que me mira con ojos de amor, como lo hago yo —fueron las palabras dichas a la trabajadora que le entregara el alta, le entristecían ese par de viejos grises. Nadie los visitó mientras estuvieron en el hospital, y con justicia es decir estuvieron; porque el anciano, no se separó, se ancló a la cama, como un perro viejo y al igual, un ladrido más que una palabra, salía de sus labios cuando le pedían que se retira, que ya le avisarían, pero él continuaba firme, estoico, en espera de que ella abriera los ojos. Y lo hizo, y el otoño, se sintió menos frío, la luz regresaba y calentaba en la forma de la mirada de su mujer.

Los vecinos los vieron regresar, entre palabras de pesar y miradas cargadas de lastima, entre bendiciones huecas y falsa sinceridad. Los primeros días, un cuenco de comida caliente, estuvo a la puerta en manos de alguna vecina con remordimientos, que tan pronto dejaba la vianda en manos del hombre, salía como si el diablo o dios, le pidiera que se quedara, que los prodigara, que velara por ellos.



El miedo a ceder y echarse encima responsabilidades que no le concernían, terminaba alejándolas. Que los hijos son unos desgraciados, que mira a los padres padeciendo, que por que no se presentan. Su piedad se disfrazaba de preguntas que otra mujer de lengua fácil, asentía como verdades.

Se acostumbraron a ver pasar al anciano, caminando con paso lento, iba por víveres, el regreso, era en compañía de un mozo o un niño callejero que se acomodía con las bolsas de papel. Los veían salir, un par de cuchicheos y la normalidad regresaba a sus vidas.

—Anda, anda, que lo tienes que tomar, que nada de gestos o pucheros, que la tisana ya está; sí, sí, que lo he preparado de jazmín. Interpretaba la mirada cansada de su mujer que se consumía. Con el esmero que, en el pasado —ya muy lejano—, alimentara a sus hijos, lo hacía ahora con su mujer.

El líquido humeante, resbalaba despacio por la boca siempre abierta de la mujer, entonces, ocasionalmente la veía derramar una solitaria lágrima.

—Que no llores mujer, que aquí estoy yo, que amo, que eres mi luz —y un nuevo intento para que tomara un poco más de la lujosa taza de porcelana, regalo del día de su boda, la herencia de la suegra y que su mujer cuidaba como oro en paño.

Y los días transcurrían igual, con la mejoría hoy, y el desconcierto de que ocurrirá mañana. Una mirada un tanto turbia, pero con dirección hacia él, como buscando enfocar, le decía que su estaba contenta, y renovaba las atenciones y se esmeraba y le recitaba poesías, de Lorca y de Machado, de Bécquer y Lord Byron. Y le endulzaba el oído, y las tardes cobraban sentido.

La aseaba con prolijo cuidado, con el mismo cuidado que manipulaba la taza fina de porcelana, y la perfumaba y alisaba sus cabellos, le colocaba sus peinadas y dejaba un beso, y el viejo la miraba, y la veía tan buena moza como cuando tenía veinte años.

Se avinieron ambos en el mismo sofá, la silla de ruedas dejó de ser útil, él ya no tenía las fuerzas, que, aunque; el peso de ella fuera tan ligero como un suspiro, la sentía tan frágil que la solución que llegó a su cerebro, fue habitar en forma permanente en el sofá color bermellón como una gota de sangre.

Otra nevada cayendo, y el frío arreciando, Se acercó a la ventana, murmuro unas palabras y descorrió las cortinas. El sol, no tenía trazas de asomar durante muchos días, era posible que se tomara un descanso.

—Mira mujer, que blanco esta todo, las calles están solas, la gente tiene frío y no sale ¿quieres ver? ¿estás de buenas? ¿te acercó a la ventana? regresó donde ella, los ojos de la anciana estaban cerrados, la imaginó dormida, pero estaba muerta.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—Que sí, que ya sé que arreció el frío, que no te voy a incomodar —el mismo, hablando en voz alta, se contestaba, un vicio que había mantenido su lucidez a flote, en los días de tormenta más duros.

Tomo su mano, la sintió extrañamente fría, más seca que de costumbre, el corazón palpitaba con fuerza, la sangre bombeada hasta su cabeza, más rápidamente de lo habitual le ocasionó un mareo. La verdad se abrió paso, cruda, dolorosa, demoledora. Cayó de rodillas frente a las piernas de su mujer, acomodó su cabeza en el regazo, sus lágrimas fluyeron como las nieves cuando llegara la primavera.

—¡Que no me has esperado! que eres cruel, que me has dejado. las palabras se dirigían como plegarias y se convertían en consuelo. Así, arrodillado, la noche llegó, extrajo la fotografía de su bolsillo, siempre presta para mostrarla a su mujer.

—Que los hijos ya venían, que debiste haber esperado. Decía esto, mientras sus lágrimas mojaban el amarillo papel.

—A que sí, que tienes frío, que no te preocupes, que aquí estoy yo, que si mujer, que yo te quiero —se levantó, se encaminó a la ventana con pasos decididos, no había en ese momento un solo dolor físico en su cuerpo. Miró nuevamente a la calle, los colores habían desaparecido, todo se miraba en blanco y negro.

Abrió la ventana y el aire frío, agradeciendo la invitación entró como los niños cuando son llamados a comer, el viento se hizo acompañar de pequeños copos que se rompían en el alfeizar.

sintió el abrazo que lo envolvía, que le decía eres mío, sus cabellos del mismo color que el paisaje se movían al capricho del invitado y sus labios se hicieron azules. Un largo tiempo en contemplación, parado allí, soportando el frío, aunque su cuerpo dejó de sentirlo en cuanto tomó la determinación.

Regresó al sofá, miró con amor la figura sin vida de su mujer. Se sentó a su lado, levantó la cobija y se envolvió con ella.

Meses después, en la misma posición los encontró la policía, envueltos en un solo sudario, ella con la boca abierta, el con la sonrisa en los labios.